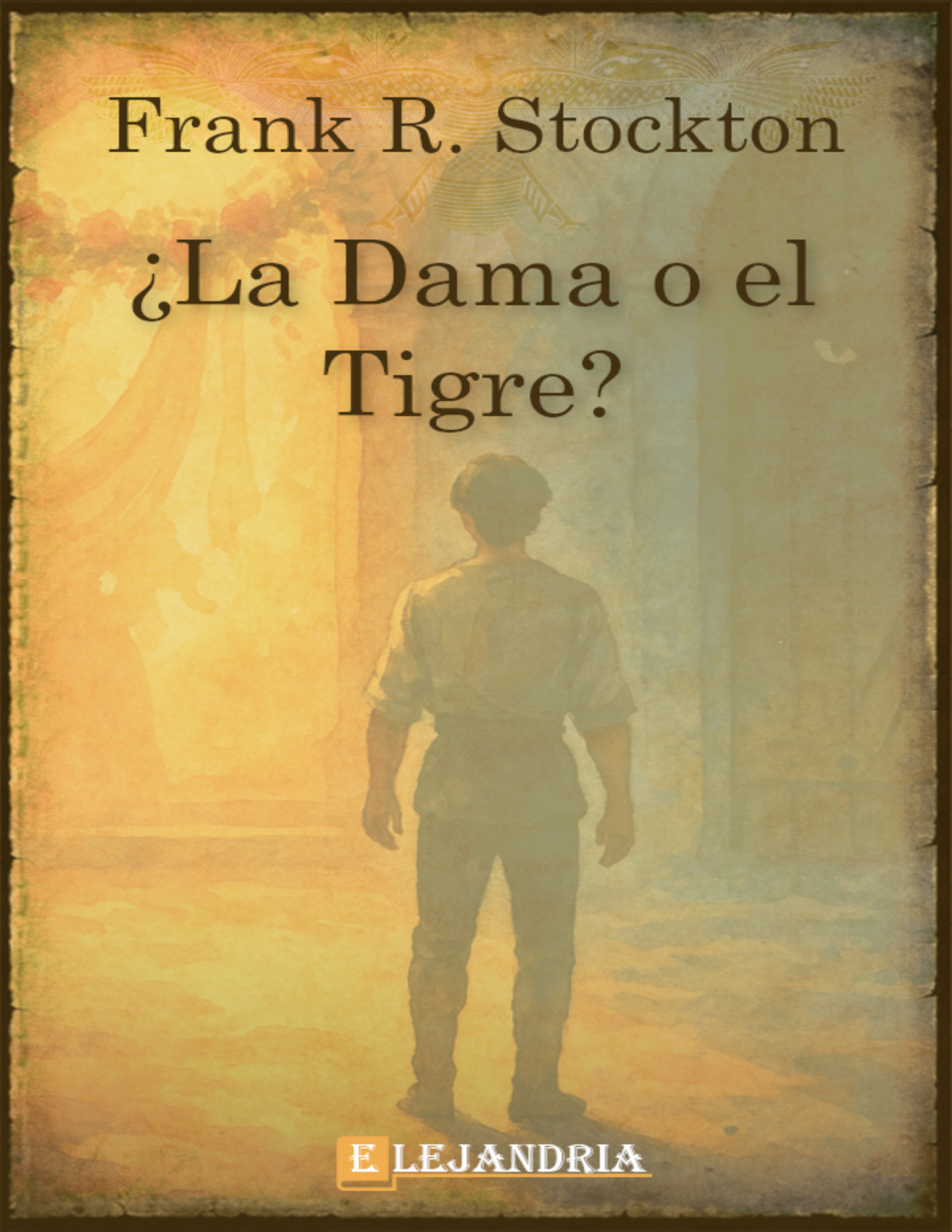




Frank R. Stockton

¿La Dama o el
Tigre?

E LEJANDRIA

The background of the cover is a watercolor illustration. It depicts a man from behind, standing in a room with a large, draped curtain on the left and a doorway or window on the right. The lighting is warm and golden, creating a sense of mystery. At the top, there are faint, stylized illustrations of what appear to be tigers or large cats.

Frank R. Stockton

¿La Dama o el
Tigre?

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

¿LA DAMA O EL TIGRE?

FRANK R. STOCKTON

PUBLICADO: 1882

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: CHARLES SCRIBNER'S SONS, NEW
YORK, 1897**

¿LA DAMA O EL TIGRE?

En tiempos muy remotos, vivía un rey semi-bárbaro cuyas ideas, aunque algo pulidas y aguzadas por el progresismo de lejanos vecinos latinos, eran todavía grandiosas, floridas y sin trabas, como correspondía a la mitad de él que era bárbara. Era un hombre de fantasía exuberante y, además, de una autoridad tan irresistible que, a su antojo, convertía sus variadas fantasías en hechos. Era muy dado a la autorreflexión; y, cuando él y su yo se ponían de acuerdo en algo, la cosa se hacía. Cuando cada miembro de sus sistemas doméstico y político se movía con fluidez en su curso designado, su naturaleza era afable y cordial; pero cada vez que había un pequeño tropiezo, y alguna de sus órbitas se salía de su curso, era aún más afable y cordial, pues nada le complacía tanto como enderezar lo torcido y allanar los lugares desiguales.

Entre las nociones prestadas por las que su barbarie se había semi-civilizado estaba la de la arena pública, en la que, mediante exhibiciones de valor viril y bestial, las mentes de sus súbditos se refinaban y cultivaban.

Pero incluso aquí la fantasía exuberante y bárbara se imponía. La arena del rey no fue construida para dar al pueblo la oportunidad de oír las rapsodias de los gladiadores moribundos, ni para permitirles contemplar la inevitable conclusión de un conflicto entre opiniones religiosas y fauces hambrientas, sino para fines mucho mejor adaptados a ampliar y desarrollar las energías mentales del pueblo. Este vasto anfiteatro, con sus galerías circundantes, sus misteriosas bóvedas y sus pasadizos ocultos, era un agente de justicia poética,

en el que el crimen era castigado, o la virtud recompensada, por los decretos de un azar imparcial e incorruptible.

Cuando un súbdito era acusado de un crimen de suficiente importancia como para interesar al rey, se daba aviso público de que en un día señalado el destino del acusado se decidiría en la arena del rey, una estructura que bien merecía su nombre; pues, aunque su forma y plano fuer¹an tomados de lejos, su propósito emanaba únicamente del cerebro de este hombre, que, rey hasta la médula, no conocía tradición a la que debiera más lealtad de la que placía a su fantasía, y que injertaba en cada forma adoptada de pensamiento y acción humana el rico crecimiento de su idealismo bárbaro.

Cuando todo el pueblo se había congregado en las galerías, y el rey, rodeado de su corte, se sentaba en lo alto de su trono de estado real a un lado de la arena, daba una señal, una puerta debajo de él se abría, y el súbdito acusado salía al anfiteatro. Justo enfrente de él, al otro lado del espacio cerrado, había dos puertas, exactamente iguales y contiguas. Era el deber y el privilegio de la persona en juicio caminar directamente hacia estas puertas y abrir una de ellas. Podía abrir la puerta que quisiera; no estaba sujeto a ninguna guía o influencia más que la del mencionado azar imparcial e incorruptible. Si abría una, de ella salía un tigre hambriento, el más fiero y cruel que se pudiera procurar, que inmediatamente saltaba sobre él y lo despedazaba, como castigo por su culpa. En el momento en que el caso del criminal quedaba así decidido, repicaban lúgubres campanas de hierro, se elevaban grandes lamentos de las plañideras contratadas apostadas en el borde exterior de la arena, y la vasta audiencia, con la cabeza inclinada y el corazón abatido, emprendía lentamente el camino a casa, lamentando enormemente que alguien tan joven y hermoso, o tan viejo y respetado, hubiera merecido tan aciago destino.

Pero, si el acusado abría la otra puerta, de ella salía una dama, la más adecuada a su edad y condición que su majestad podía seleccionar entre sus bellas súbditas; y con esta dama era inmediatamente casado, como recompensa a su inocencia. No

importaba que ya tuviera esposa y familia, o que sus afectos estuvieran comprometidos con un objeto de su propia elección: el rey no permitía que tales arreglos subordinados interfirieran con su gran plan de retribución y recompensa. La ceremonia, como en el otro caso, tenía lugar de inmediato, y en la arena. Otra puerta se abría debajo del rey, y un sacerdote, seguido por una banda de coristas y doncellas danzantes que soplaban alegres aires en cuernos de oro y marcaban un ritmo epitalámico, avanzaba hasta donde la pareja estaba, lado a lado; y la boda era pronta y alegremente solemnizada. Entonces las joviales campanas de bronce lanzaban sus festivos repiques, la gente gritaba alegres hurras, y el hombre inocente, precedido por niños que esparcían flores a su paso, conducía a su novia a su hogar.

Este era el método semi-bárbaro del rey para administrar justicia. Su perfecta equidad es obvia. El criminal no podía saber por cuál puerta saldría la dama; abría la que le placía, sin tener la menor idea de si, en el instante siguiente, iba a ser devorado o casado. En algunas ocasiones el tigre salía por una puerta, y en otras por la otra. Las decisiones de este tribunal no solo eran justas, eran positivamente determinantes: el acusado era castigado al instante si se le declaraba culpable; y, si era inocente, era recompensado en el acto, le gustara o no. No había escapatoria a los juicios de la arena del rey.

La institución era muy popular. Cuando la gente se reunía en uno de los grandes días de juicio, nunca sabía si iban a presenciar una masacre sangrienta o una boda hilarante. Este elemento de incertidumbre prestaba a la ocasión un interés que de otro modo no podría haber alcanzado. Así, las masas se entretenían y complacían, y la parte pensante de la comunidad no podía formular ninguna acusación de injusticia contra este plan; pues, ¿no tenía el acusado todo el asunto en sus propias manos?

Este rey semi-bárbaro tenía una hija tan floreciente como sus más floridas fantasías, y con un alma tan ferviente e imperiosa como la suya. Como es habitual en tales casos, era la niña de sus ojos, y era

amada por él por encima de toda la humanidad. Entre sus cortesanos había un joven de esa fineza de sangre y baja condición común a los héroes convencionales de los romances que aman a las doncellas reales. Esta doncella real estaba muy satisfecha con su amante, pues era apuesto y valiente en un grado insuperable en todo el reino; y ella lo amaba con un ardor que tenía suficiente de barbarie para hacerlo extremadamente cálido y fuerte. Esta historia de amor transcurrió felizmente durante muchos meses, hasta que un día el rey descubrió su existencia. No dudó ni vaciló en cuanto a su deber en el asunto. El joven fue inmediatamente arrojado a prisión, y se fijó un día para su juicio en la arena del rey. Esta, por supuesto, fue una ocasión especialmente importante; y su majestad, así como todo el pueblo, estaba muy interesado en el desarrollo y desenlace de este juicio. Nunca antes había ocurrido un caso así; nunca antes un súbdito se había atrevido a amar a la hija de un rey. En años posteriores, tales cosas se volvieron bastante comunes; pero entonces eran, en no poca medida, novedosas y sorprendentes.

Se registraron las jaulas de tigres del reino en busca de las bestias más salvajes e implacables, de las cuales se podría seleccionar el monstruo más fiero para la arena; y las filas de la juventud y la belleza virginal de todo el país fueron cuidadosamente examinadas por jueces competentes, para que el joven tuviera una novia adecuada en caso de que el destino no le deparara un destino diferente. Por supuesto, todo el mundo sabía que el hecho del que se acusaba al joven había sido cometido. Él había amado a la princesa, y ni él, ni ella, ni nadie más pensó en negar el hecho; pero el rey no pensaría en permitir que ningún hecho de este tipo interfiriera con el funcionamiento del tribunal, en el que tanto deleite y satisfacción encontraba. No importaba cómo resultara el asunto, se dispondría del joven; y el rey sentiría un placer estético observando el curso de los acontecimientos, que determinarían si el joven había hecho mal o no al permitirse amar a la princesa.

Llegó el día señalado. De lejos y de cerca la gente se congregó y abarrotó las grandes galerías de la arena; y multitudes, incapaces de conseguir entrada, se agolparon contra sus muros exteriores. El rey

y su corte estaban en sus lugares, frente a las puertas gemelas, esos portales fatídicos, tan terribles en su similitud.

Todo estaba listo. Se dio la señal. Una puerta debajo del palco real se abrió, y el amante de la princesa entró en la arena. Alto, hermoso, rubio, su aparición fue recibida con un bajo murmullo de admiración y ansiedad. La mitad de la audiencia no sabía que un joven tan magnífico había vivido entre ellos. ¡No es de extrañar que la princesa lo amara! ¡Qué terrible para él estar allí!

A medida que el joven avanzaba por la arena, se volvió, como era costumbre, para inclinarse ante el rey; pero no pensó en absoluto en aquel personaje real; sus ojos estaban fijos en la princesa, que estaba sentada a la derecha de su padre. De no haber sido por la porción de barbarie en su naturaleza, es probable que aquella dama no hubiera estado allí; pero su alma intensa y ferviente no le permitía ausentarse en una ocasión en la que estaba tan terriblemente interesada. Desde el momento en que se emitió el decreto de que su amante debía decidir su suerte en la arena del rey, no había pensado en otra cosa, ni de noche ni de día, más que en este gran acontecimiento y los diversos asuntos relacionados con él. Poseedora de más poder, influencia y fuerza de carácter que nadie que se hubiera interesado antes en un caso así, había hecho lo que ninguna otra persona había hecho: se había apoderado del secreto de las puertas. Sabía en cuál de las dos estancias, que se encontraban detrás de aquellas puertas, estaba la jaula del tigre, con su frente abierta, y en cuál esperaba la dama. A través de estas gruesas puertas, pesadamente cubiertas con pieles por dentro, era imposible que ningún ruido o indicio llegara desde el interior a la persona que se acercara a levantar el pestillo de una de ellas; pero el oro, y el poder de la voluntad de una mujer, habían revelado el secreto a la princesa.

Y no solo sabía en qué habitación estaba la dama lista para emerger, toda sonrojada y radiante, si se abría su puerta, sino que sabía quién era la dama. Era una de las más bellas y encantadoras doncellas de la corte la que había sido seleccionada como

recompensa para el joven acusado, en caso de que se probara su inocencia del crimen de aspirar a alguien tan por encima de él; y la princesa la odiaba. A menudo había visto, o imaginado que había visto, a esta bella criatura lanzando miradas de admiración a la persona de su amante, y a veces pensaba que estas miradas eran percibidas e incluso correspondidas. De vez en cuando los había visto hablando juntos; era solo por un momento o dos, pero mucho se puede decir en un breve espacio; pudo haber sido sobre los temas más insignificantes, pero ¿cómo podía saberlo ella? La muchacha era encantadora, pero se había atrevido a levantar los ojos hacia el amado de la princesa; y, con toda la intensidad de la sangre salvaje que le fue transmitida a través de largas líneas de antepasados completamente bárbaros, odiaba a la mujer que se sonrojaba y temblaba detrás de aquella puerta silenciosa.

Cuando su amante se volvió y la miró, y su ojo se encontró con el de ella mientras estaba sentada allí, más pálida y blanca que nadie en el vasto océano de rostros ansiosos que la rodeaban, él vio, por ese poder de rápida percepción que se otorga a aquellos cuyas almas son una, que ella sabía detrás de qué puerta se agazapaba el tigre, y detrás de cuál estaba la dama. Él había esperado que ella lo supiera. Comprendía su naturaleza, y su alma estaba segura de que ella nunca descansaría hasta haber aclarado para sí misma esta cosa, oculta a todos los demás espectadores, incluso al rey. La única esperanza para el joven en la que había algún elemento de certeza se basaba en el éxito de la princesa en descubrir este misterio; y en el momento en que la miró, vio que ella lo había logrado, como en su alma sabía que lo lograría.

Fue entonces cuando su rápida y ansiosa mirada formuló la pregunta: «¿Cuál?». Fue tan claro para ella como si él lo gritara desde donde estaba. No había un instante que perder. La pregunta fue hecha en un destello; debía ser respondida en otro.

Su brazo derecho descansaba sobre el parapeto acolchado frente a ella. Levantó la mano e hizo un leve y rápido movimiento hacia la

derecha. Nadie más que su amante la vio. Todos los ojos, excepto los suyos, estaban fijos en el hombre de la arena.

Él se volvió y, con paso firme y rápido, cruzó el espacio vacío. Cada corazón dejó de latir, cada aliento se contuvo, cada ojo se fijó inmóvil en aquel hombre. Sin la menor vacilación, se dirigió a la puerta de la derecha y la abrió.

Ahora, el punto de la historia es este: ¿Salió el tigre de aquella puerta, o salió la dama?

Cuanto más reflexionamos sobre esta pregunta, más difícil es responder. Implica un estudio del corazón humano que nos conduce a través de tortuosos laberintos de pasión, de los que es difícil encontrar la salida. Piénsalo, bella lectora, no como si la decisión de la cuestión dependiera de ti, sino de esa princesa de sangre ardiente y semi-bárbara, con el alma al rojo vivo bajo el fuego combinado de la desesperación y los celos. Lo había perdido, pero ¿quién debía tenerlo?

¡Cuán a menudo, en sus horas de vigilia y en sus sueños, se había sobresaltado con salvaje horror y se había cubierto el rostro con las manos al pensar en su amante abriendo la puerta al otro lado de la cual esperaban los crueles colmillos del tigre!

¡Pero cuánto más a menudo lo había visto en la otra puerta!
¡Cómo en sus penosos ensueños había rechinado los dientes y se había arrancado los cabellos, al ver su sobresalto de gozo extasiado al abrir la puerta de la dama! ¡Cómo le había ardido el alma en agonía cuando lo había visto correr al encuentro de aquella mujer, con sus mejillas sonrojadas y sus ojos chispeantes de triunfo; cuando lo había visto llevarla del brazo, todo su ser encendido con la alegría de la vida recuperada; cuando había oído los alegres gritos de la multitud y el salvaje repique de las campanas felices; cuando había visto al sacerdote, con sus gozosos seguidores, acercarse a la pareja y convertirlos en marido y mujer ante sus propios ojos; y cuando los había visto alejarse juntos por su senda de flores,

seguidos por los tremendos gritos de la multitud hilarante, en los que su único grito desesperado se perdía y se ahogaba!

¿No sería mejor para él morir de una vez, e ir a esperarla en las benditas regiones de un futuro semi-bárbaro?

Y sin embargo, ¡ese horrible tigre, esos gritos, esa sangre!

Su decisión se había indicado en un instante, pero se había tomado después de días y noches de angustiada deliberación. Sabía que se lo preguntarían, había decidido qué respondería y, sin la menor vacilación, había movido la mano hacia la derecha.

La cuestión de su decisión no es una que deba considerarse a la ligera, y no me corresponde a mí presumir de ser la única persona capaz de responderla. Y así, se lo dejo a todos ustedes: ¿Qué salió de la puerta abierta: la dama o el tigre?

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB